

nada por crecer é ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objecion que solo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina, por buena que sea, de que no pueda uno usar mal si no la sabe aplicar como conviene; y asi lo será esta, asi en lo que toca á la oracion, cómo en lo que toca á las demas virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada dia mas santos, y procurar imitar siempre á los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso; que para eso venimos á la Religion, y si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos. Pero lo que digo es que, asi como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos, ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohibe en el Evangelio cuando dice: «Digoos de verdad no andeis solícitos para vuestra vida, ¿qué comereis ó qué vestireis (1)?» lo que reprende aqui es la demasiada solicitud y la congoja y codicia de esas cosas; pero el cuidado competente y las diligencias necesarias no las quita, antes las manda y nos las dió en penitencia: «Con sudor de tu rostro comerás el pan (2);» es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y si no seria tentar á Dios: pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales y en el procurar las virtudes y dones de Dios. Es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso; pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra par-

(1) Dico vobis: ne solliciti sitis animae vestrae, quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini. *Math.* VI, 25.
 (2) In sudore vultus tui vesceris pane. *Gen.* III, 19.

te; pero si con todo eso viéredes que no teneis cuanto quereis, no por eso os habeis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal; y esto, aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que á muchos suele desconsolar: procurad vos de hacer bienamente vuestras diligencias, y si no las hicierdes todas y cayéredes en faltas, no os espanteis por eso ni desmayeis, que asi somos todos; hombre sois y no ángel, flaco y no santificado, y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria (1), y no quiere que desmayemos por eso (2), sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego y pidamos mayor fuerza al Señor y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera, que mas vale que os levanteis presto con alegría, que dobla las fuerzas para servir á Dios, que no pensando que llorais vuestras faltas por Dios, desgradeis al mismo Dios con servirle mal con el corazon y alas caidas y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Solo hay aqui que temer el peligro que habemos apuntado, que es no se nos entre la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte so color de decir: «Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo mas.» Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que deciamos de la oracion (5): no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos bienamente lo que es de vuestra parte, mas agrada á Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiadas que algunos traen por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfeccion como querrian, ó

(1) Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. *Ps.* CIV, 14.
 (2) *P.* II, *trat.* 6, *cap.* 3.
 (3) *Cap.* XXIV y siguientes.

que no pueden entrar tanto en oracion: porque este negocio de la oracion y perfeccion no se alcanza por descontentos ni á puñadas, sino que Dios lo dá á quien él quiere, y cómo quiere, y al tiempo que él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos, sino debémosnos conformar con la voluntad de Dios en todo y dar gracias á nuestro Señor porque nos dió esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzáremos á estar sin faltas, demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas, y ya que no vamos al cielo por la alteza de las virtudes, como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados, cómo otros muchos van. Dice San Gerónimo: «Ofrezcan otros en el templo del Señor, cada uno segun su posibilidad, unos oro, plata y piedras preciosas; otros sedas, carmesies, púrpuras y brocados. A mí bástame, si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales (1).» Pues ofrezcan los otros á Dios sus virtudes y obras heróicas y escelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas: á mí bástame ofrecer á Dios mi hajeza, conociéndome y confesándome por pecador y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Magestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazon, y agradecerlo á Dios, porque no nos quite tambien esto, que nos ha dado, como á desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros (2) añaden aqui un punto con que se confirma

(1) Hieron. in *Prolog.* *galeato.*
 (2) Bon. *opusc.* de *profectu religiosorum*, l. 1, c. 33. — Gers. *tract.* de *Monte contemplat.* — Fr. Bart. de *Mari.* Arch. *Brachar.* in *suo Comp.*
 B. del C., tomo XIV, — I. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. I.

bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y recogimiento y desearlo, que si lo tuviesen; porque con aquello viven en humildad, y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar é ir adelante acudiendo á menudo á Dios; y con estotro por ventura se ensoberbecieran, ó se descuidaran y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenian lo que habian menester, y no se animaran á trabajar por mas. Esto he dicho para que hagamos nosotros bienamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfeccion, y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano; porque esto, dice muy bien el P. maestro Avila (1), que no seria sino estar penados porque no nos dan alas para volar por el aire.



CAPITULO XXXI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino tambien en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ageno de su interés, aun en estas cosas, que mas se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios que de todo cuanto él podia interesar. «Esta es muy grande perfeccion, como decia aquel Sábio (2), no buscar uno su interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno;» y dá la razon: «Porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra debe sobrepajar todas las cosas, y mas se debe conso-

(1) P. M. Avila, t. 2, *Epist.* fol. 32.
 (2) Tomás de Kempis.

lar y contentar con eso que con todos los beneficios recibidos ó que puede recibir.»

Este es el contento y gozo de los bienaventurados (1). Mas se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen, y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el provecho que á ellos les viene y por el contento que reciben, como porque se huelga Dios de ello y es aquella la voluntad de Dios. Y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene que no desea mas, ni le pesa de que el otro tenga mas; porque en viendo uno á Dios, así lo transforma en sí que deja de querer como él y comienza á querer como Dios; y como ve que aquel es contento y beneplácito de Dios, ese es también su gusto y su contento. Esta perfeccion vemos que resplandecía en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un San Pablo, que por la salvacion de las almas y por la mayor gloria de Dios parece que se olvidaban y no hacian cuenta de su propia gloria. Decia Moisés á Dios: «Señor, ó perdonad al pueblo, ó borradme á mí de vuestro libro (2).» Y San Pablo: «Quería yo mismo estar separado de Cristo por mis hermanos (3).» De quien aprendió despues un San Martin y otros Santos: «Si todavía soy necesario para tu pueblo, no rehusó el trabajo (4).» Posponian su descanso y cedian de buena gana á su gloria, que tenian ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la

(1) *Trat. 3, c. 11.*

(2) *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti. Exod. XXXII.*

(3) *Optabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis. Ad. Rom. IX, 3.*

(4) *Si adhuc sum necessarius populo tuo, non recuso laborem.*

voluntad de Dios acá en la tierra como se hace en el cielo: que olvidados de todo nuestro interés pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios y que estimemos y tengamos en mas el contento de Dios que todo nuestro provecho y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfeccion que pide este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interes de los bienes espirituales y aun de los bienes, eternos y de la misma gloria, habemos de apartar los ojos por ponerlos en el contento y voluntad de Dios; ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá también cuán lejos está de esta perfeccion el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que deciamos al principio: en que me pongan en este lugar ó en aquel, en este oficio ó en el otro, en estar sano ó enfermo, en que los otros me tengan en poco ó en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en mas la voluntad y contento de Dios que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, ¿y reparais vos en esas cosas que respecto de esotras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad que cede de buena gana á su propia gloria y se contenta con el mas bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino solo por querer mas el contento y beneplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas esotras cosas, pues renuncia y cede á lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo mas á que puede uno ceder, por conformarse con la voluntad de Dios: si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, mas quiero yo eso que morirme de aquí á veinte ó treinta años, aunque hubiese de tener mucho mayor gloria; y por el contrario, aun

que tuviese cierta la gloria, muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, mas quiero eso que ir luego á la gloria: porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad ese es mi contento y esa es mi gloria (1).

De nuestro Bienaventurado P. S. Ignacio se cuenta (2) un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un dia con el P. maestro Lainez y con otros, á cierto propósito, preguntó nuestro Padre: «Decidme, maestro Lainez, qué os parece que haríades si Dios nuestro Señor os pusiese este caso, y os digese: «si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo, y te daré la gloria eterna; pero si quieres aun vivir, no te doy seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás á tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare, así te juzgaré.» Si esto os digese nuestro Señor, y vos entendiédes que quedando por algun tiempo en esta vida, podriades hacer algun grande y notable servicio á su Divina Magestad, ¿qué escogeríades? ¿qué responderíades?» Respondió el P. Lainez: «Yo, Padre, confieso á vuestra reverencia, que escogeria el irme luego á gozar de Dios y asegurar mi salvacion y librarme del peligro en cosa que tanto importa.» Entonces, dijo nuestro Padre: «pues yo cierto no lo haria así, sino que si juzgase que quedando en esta vida podria hacer algun singular servicio á nuestro Señor, le suplicaria que me dejase en ella, hasta que le hubiese hecho, y pondria los ojos en él y no en mí, sin tener respecto á mi peligro ó seguridad.» Y no le parecia á él que quedaba en duda su salvacion, sino antes mas cierta y mas aventajada por haberse fiado

(1) *Tu es gloria mea, et exaltans caput meum. Ps. III, 4.*

(2) *Lib. 5. cap. 2. vitæ S. P. N. Ignatii.*

de Dios, quedándose acá por servirle en aquello. Porque ¿qué rey ó principe hay en el mundo, decia él, el cual si le ofreciese alguna gran merced á algun criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado á conservar y aun á acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle mas servir? Pues si esto hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor que así nos previene con su gracia y nos hace tantas mercedes? ¿cómo podriamos temer que nos desamparase y nos dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

CAPITULO XXXII.

De la conformidad, unión y amor perfecto con Dios. y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.

Para que se vea mas la perfeccion y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él, por conclusion y remate de este tratado, diremos un poco del ejercicio mas alto, que ponen los Santos y maestros de la vida espiritual, del amor de Dios, que parece viene aquí á propósito, porque uno de los principales efectos del amor, como dice San Dionisio Areopagita (1), es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y así, cuanto uno estuviere mas unido y mas conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá mas amor de Dios, y cuanto mayor amor tu-

(1) *D. Dion. c. 4, de Divinis Nominibus.*

viere, tanto estará mas unido y conforme con la voluntad de Dios. Para declarar mejor esto es menester que subamos al cielo con la consideracion y veamos cómo están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él, porque cuanto mas nos llegáremos á esto, tanto será nuestro ejercicio mas perfecto. El glorioso Apóstol y evangelista San Juan, en su primera canónica, dice que la vista de Dios hace á los bienaventurados semejantes á él (1); porque, en viendo á Dios, quedan de tal manera unidos y transformados en Dios que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él. Pues veamos cuál es el querer y voluntad y amor de Dios, para que asi veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados y de ahí colijamos cuál ha de ser el querer y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios, y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer y voluntad y amor de los bienaventurados: De manera, que el amor de los Santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno y tan glorioso y digno de honra como es: y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sigueseles de aquí aquel fruto del Espíritu Santo, que dice el Apóstol que es un gozo inefable (2), de ver á quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo. Por lo que vemos acá podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y

(1) Quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. *I. Joann.* III, 2.
 (2) Fructus autem Spiritus est gaudium. *Ad Gal.* V, 22.

gozo que recibe acá un buen hijo de ver á su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sábio, rico y poderoso, y muy querido del rey! Cierito, hijos hay tan buenos que dirán que no hay cosa á que se compare la alegría que reciben de ver á su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá, donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos viendo á su verdadero Señor, y á su Criador y Padre Celestial, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por solo su querer, todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y así, dice el Apóstol San Pablo (1) que este es un gozo tan grande, que ni ojo le vió, ni oreja le oyó, ni puede caer en corazon de hombre. Este es aquel río caudaleso que vió San Juan en el Apocalipsi (2) salir de la silla de Dios y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo; y embriagados con este amor, cantan aquella aleluya perpétua, que dice allí San Juan, glorificando y bendiciendo á Dios (3). Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y paraben de ella con grande júbilo y regocijo (4).

Este es el amor que los Santos tienen á Dios en el cielo, y la union y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme á la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar imitar acá á nuestro

(1) *I. ad Cor.* II, 9.
 (2) *Apoc.* XXII, 1; et *Ps.* XLV, 5.
 (3) Alleluia; quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens, gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei. *Apoc.* XIX, 6.
 (4) Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum, amen. *Apoc.* VII, 12.

modo, para que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Dijo Dios á Moisés, cuando le mandó hacer el Tabernáculo: "Mira, que hagas todas las cosas conforme á la traza que te mostré en el monte (1);" asi nosotros todo lo habemos de hacer acá á la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la Gloria (2). Y asi habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aqui brevemente la práctica de este ejercicio. Cuando estais en la oracion, considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando, y regocijando, y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de él, de que sea todo poderoso, y tan bueno, y tan santo, y tan lleno de gloria, como en sí mismo es. Y así de todas las demas perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios,

Este, dice Santo Tomás (3) y los teólogos que es el acto mayor y mas perfecto de amor de Dios. Y así es tambien el mas alto y mas aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios; porque no hay mayor ni mas perfecto amor de Dios que el que el mismo Dios se tiene á sí mismo, que

(1) Inspice, et fac, secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est. *Exod.* XXV, 40.
 (2) P. M. Avila, t. 1. *Epistol.*—P. Francisco Arias, p. 2 del aprovechamiento espiritual, trat. 3, p. 2. c. 3 y 4.—P. Luis de la Puente, tom. 2, de sus medit., p. 6.
 (3) S. Thom. 2-2, q. 28, art. 5, ad 3, et art. 2.

es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso, ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y mas perfecto será nuestro amor, cuanto mas se asemejare á este amor con que Dios se ama á sí mismo, y tanto mayor y mas perfecta será nuestra union y conformidad con su divina voluntad. Y mas: dicen allá los filósofos, que amar á uno es quererle bien (1). De donde se sigue, que cuánto mayor bien deseamos á uno, tanto mas le amamos. Pues el mayor bien que podemos querer á Dios, es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos á alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene; mas podemos quererle algun bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas á Dios no podemos quererle en sí mismo algun bien que no tenga, porque es del todo infinito; y así no puede tener en sí mas poder, ni mas gloria, ni mas sabiduría, ni bondad de la que tiene. Y así, holgarnos y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera, que asi como los Santos que están en el cielo, y la Humanidad santísima de Cristo nuestro Redentor y la Virgen gloriosísima nuestra Señora, y todos los coros de los ángeles se están holgando de ver á Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta:

(1) Amare est velle alicui bonum. *Arist.* *Reth.* lib. 2, cap. 4.

“Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa, que te alabarán por los siglos de los siglos (1);” así nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las tuyas, como nos lo enseña nuestra Madre la Iglesia (2). Siempre, ó lo mas continuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando á Dios, holgándonos y glorificándonos del bien y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y parabien de ello, y de esta manera nos asemejaremos acá á nuestro modo á los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el mas alto amor y la mas perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

CAPITULO XXXIII.

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura divina.

Por lo mucho que en la Escritura divina se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia y cuán agradable sea á Dios, y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle y detenernos mas en él. El Real Profeta David en los Salmos á cada paso nos convida á este ejercicio, diciendo: “Alegraos, justos, en el Señor, deleitaos y regocijaos, y complaceros en sus bienes infinitos, y daros há lo que le pidiéredes, ó por mejor decir lo que deseáredes y hubiéredes menester. Porque esta es una oracion, en la cual, sin pedir, pedis, y oye Dios el deseo de vuestro corazón (3).” El Apóstol San Pablo, escribiendo

(1) Beati qui habitant in domo tua, Domine; in saecula saeculorum laudabunt te. Ps. VIII, 5.
 (2) Cum quibus, et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth, pleni sunt coeli, et terra gloria tua.
 (3) Laetamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde. Exultate justi in Domi-

no á los filipenses, dice: “Gozaos en el Señor siempre.” Y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna á repetir: “Otra vez os digo que os holgais (1).” Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima, cuando dijo en su Cántico: “Alegróse mi espíritu en Dios mi salud (2).” Con este gozo se alegró tambien Cristo nuestro Redentor, cuando dice el sagrado Evangelio: “Alegróse en el Espíritu Santo (3).” El profeta David dice que era tan grande el gozo y regocijo que recibia su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán digno es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba el alegría al cuerpo y se encendia la misma carne en amor de Dios: “Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo (4).” Y en otra parte dice: “Mi ánima se alegrará en el Señor y se gozará en Dios, autor de su salud, y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos (5)?” Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines, nos convida con el Invitatorio á amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos, y es tomado del salmo noventa y cuatro (6): “Venid, alegrémonos en el

no. Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui. Ps. XXXI, 11.—Ps. XXXII, 1.—Ps. XXXVI, 4.
 (1) Gaudete in Domino semper. Iterum dico gaudete. Ad Phil. IV, 4.
 (2) Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Luc. I, 44.
 (3) Exultavit Spiritu Sancto. Luc. X, 21.
 (4) Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum. Ps. LXXXIII, 3.
 (5) Anima mea exultabit in Domino, et delectabitur super salutari suo; omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi? Ps. XXXIV, 9.
 (6) Venite exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro, praecupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei. Quoniam Deus magnus Dominus, et rex magnus super omnes Deus etc. Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud, et ardam fundaverunt manus ejus, etc. Ps. XCIV,

Señor y cantemos cánticos de alabanza á Dios nuestra salud; porque es grande sobre todos, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos.” Y por la misma razon, y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: *Gloria Patri, et Filio, etc.* Este es aquel entrar en el gozo de Dios (1) que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando y regocijando, juntamente con el mismo Dios, de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos alicionemos mas á este ejercicio y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios: ésto tanto, que solo verle hace á los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno viesan á Dios, cesarian todas las penas y se trocaria el infierno en Paraiso. “En eso consiste la gloria de los Santos, en ver á Dios (2),” dice el mismo Cristo por San Juan. Eso es lo que nos hace bienaventurados, y esto no por un dia, ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando á Dios, sino siempre se les hará nuevo este gozo, conforme á aquello del Apocalipsi: “Y cantaban como un cántico nuevo (3).” Harto parece que se declara con esto la bondad, hermosura y perfeccion infinita de Dios; pero aun hay mas que añadir, y harto mas. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado: la gloria y bienaventuranza de Dios es verse y amarse á sí mismo. Mirad si tenemos razon de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura y

(1) Intra in gaudium Domini tui. Matth. XXV, 21.
 (2) Haec est autem vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum. Joann. XVII, 3.
 (3) Et cantabant quasi canticum novum. Apoc. XIV, 3.

en una gloria tan grande que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace á todos aquellos ciudadanos bienaventurados, y el mismo Dios tambien conociéndose y amándose es bienaventurado (1).

CAPITULO XXXIV.

Cómo nos podremos estender en este ejercicio.

Podemos tambien humanarnos y estendernos mas en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfeccion grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso, holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la Persona Divina, que esté tan llena de gracia y de gloria, que sea instrumento de la divinidad para obrar cosas altas, como son la santificacion y glorificacion de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican á los hombres; y finalmente, holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece á la perfeccion y gloria de aquella alma gloriosísima y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor; y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo, al modo que consideran los Santos que se regocijaria la sacratísima Reina de los Angeles el dia de la Resurreccion, cuando vió á su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura Divina del patriarca Jacob, que cuando oyó decir que su hijo vivia y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto que revivió su espíritu y dijo: “Bástame á mí que mi hijo José viva; no quiero mas de verle y con eso moriré contento (2).”

(1) S. Thom. 1 p. q. 26, art. 2.
 (2) Gen. XLV, 28.

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de nuestra Señora y de los demas Santos. Y será muy buena devocion en sus fiestas gastar alguna parte de la oracion en este ejercicio, porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer; pues el mayor amor que les podemos tener es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estarnos allí dándoles el parabien de ella; y asi la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora: «Hoy la Virgen Maria sube al cielo; alegraos, porque con Cristo reina para siempre (1).» Y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas, convidándonos á este ejercicio, y animándonos á él con el ejemplo de los ángeles que se ejercitan en él: «Alegrémonos todos en el Señor, celebrando este dia de fiesta en honra de la bienaventurada Virgen Maria, de cuya Asuncion se alegran los ángeles, y juntos alaban al Hijo de Dios (2).» Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es, que de ahí viene uno poco á poco á subir y tener entrada en esotros ejercicios de la divinidad; porque, como dice el mismo Cristo (3), él es el camino y la puerta para entrar al Padre.

Tambien en este ejercicio, que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar mas en él, descendiendo á cosas de acá; porque, aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y asi no podemos

(1) Hodie Maria Virgo coelos ascendit, gaudete quia cum Cristo regnat in aeternum.

(2) Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes, sub honore beatae Mariae Virginis, de cujus Assumptione gaudent Angeli, et collaudant Filium Dei.

(3) Joann. X, 7; XIV, 6.

quererle en sí mismo algun bien que él no tenga; pero puede Dios crecer esteriormente en las criaturas, que es ser mas conocido y amado y glorificado de ellas. Y asi podemos tambien ejercitar este amor, queriendo á Dios este bien esterior. Y asi, considerando el alma en la oracion cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas, y por criar, le conozcan, amen, alaben y glorifiquen en todas las cosas. «¡Oh, Señor, y quién pudiera convertir á cuantos infieles y pecadores hay en el mundo y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás!» «Santificado sea tu nombre. Toda la tierra te adore y te cante, y diga cánticos á tu nombre (1).» Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podian hacer á Dios y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno á desear y procurar hacer la voluntad de Dios y su mayor gloria, en lo que á él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de Dios y mayor gloria suya, conforme á aquello que Cristo nuestro Redentor dice de sí en el Sagrado Evangelio: «Yo siempre hago lo que agrada á mi Padre (2);» porque, como dice el Evangelista San Juan: «El que dice que conoce y ama á Dios y no hace su voluntad, ni guarda sus Mandamientos, no dice verdad, miente; pero el que los guarda, y hace la voluntad de Dios, ese tiene perfecta caridad y amor de Dios (3).»

(1) Sanctificetur nomen tuum. Omnis terra adoret te, et psallat tibi, psalmum dicat nomini tuo. *Matth.* VI, 9. *Psalm.* LXV, 4.

(2) Quia ego quae placita sunt ei facio semper. *Joann.* VIII, 29.

(3) Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est; et in hoc veritas non est.— Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est. *I. Joann.* II, 4.

De manera, que para amar á Dios y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios y quiera que todas las demas criaturas amen y glorifiquen á Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma cuando en la oracion está formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto y en aquello y en todo lo demas que se ofreciere; que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oracion.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oracion mucho tiempo en este ejercicio y declarado el provecho y perfeccion grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos á la obra y que comencemos á ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar despues para siempre y tan aventajadamente en el cielo. Aquí se ha de comenzar á encender en nosotros este fuego de amor de Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfeccion de él será en aquella Jerusalem Celestial, que es la Gloria (1).

(1) Cujus ignis est in Sion, et caminus ejus in Jerusalem. *Isai.* XXXI, 9.

